

## El humanismo solidario y la obra literaria y artística en el siglo XXI

F. MORALES LOMAS

No siempre se ha contemplado al ser humano como tal a lo largo de la historia de la humanidad. Su concepción propiamente humana podríamos decir que nace en la edad moderna.

En épocas históricas anteriores el ser humano vivió durante mucho tiempo con el estigma de los dioses que construían su propia limitación. Ese primer encuentro del hombre con el mundo sin la dependencia interna del dios o los dioses al uso genera un primer miedo. Miedo al vacío, a no tener ese hilo conductor con el dios.

Solo durante el Renacimiento surge el ser humano como individuo. Lo privado adquirió una fuerza determinante y se pasó de una época en la que el centro es Dios a otra en la que el centro va a ser el ser humano en toda su dimensión, pero sobre todo el ser humano que trabaja, el ser humano como *animal laborans*.

Este nuevo cambio de rumbo se hará más determinante con Rousseau, acaso el eslabón que, en la época moderna, crea el intrusismo de la subjetividad y la rebelión del corazón. Rousseau es el primer teórico de la intimidad. Surge así la dicotomía individuo/sociedad y se descubre la intimidad (vía los escritores románticos) como una forma de exaltación del yo frente a lo social o lo político. Todo el discurso de Kant se sostiene sobre esta dicotomía. El conocimiento deviene una forma especial de actividad de elaboración del objeto. Las categorías dependen del sujeto, son instrumentos mediante los cuales el sujeto elabora el mundo de los objetos a través de la experiencia. Esta dicotomía está en el origen de lo privado y lo público, de la esfera contemplativa y la esfera activa o de la esfera artística y la esfera social.

El hombre durante el romanticismo (salvo casos excepcionales como el de Espronceda, que sintetizaría a mi modo de ver el humanismo solidario en una etapa arcaica) defiende únicamente la esfera privada, la esfera individual, la esfera contemplativa, la esfera artística. De hecho, para Rousseau, lo social y lo privado son modos subjetivos de la existencia. Todo lo que represente lo público, lo social, lo político o lo activo queda relegado salvo algunos narradores realistas como Galdós, por ejemplo.

Los movimientos de vanguardia representaron por primera vez durante el siglo XX una ruptura con el espíritu burgués reinante, un esparcimiento en algunos casos y un claro enfrentamiento ideológico y social que se vive de un modo muy especial en el seno del movimiento surrealista en torno al comunismo: Breton y Louis Aragon *versus* Dalí... Pero el surrealismo es todavía una clara exaltación de esa intimidad

exacerbada, lo que yo llamaría la superestructura de la intimidad, de lo individual en el caso de Dalí, pero con tendencia a lo social en los otros dos escritores que le permiten un acercamiento a la revolución marxista, una evidente exaltación de lo social en detrimento de toda la esfera individual.

Entre estos dos polos, lo individual y lo social, se moverá el artista, el pintor, el escritor (algunos como Picasso toman claramente una síntesis entre ambos, también lo hacen escritores como César Vallejo o Miguel Hernández y, más adelante, el Equipo Crónica, Antonio Saura...).

Es la época de entreguerras, y aparece el concepto de compromiso literario y el existencialismo de Sartre, que cataloga como un nuevo humanismo. Si ha muerto Dios, hay que inventar los valores, dirá Sartre. En estos momentos el arte (esa creación de la esfera individual, privada, artística, contemplativa) se convierte en un instrumento para transformar la sociedad: “La poesía es un arma cargada de futuro”, dirá Celaya. Esta visión en la que lo social se adueña de lo privado y convertía la creación en un sucedáneo de lo público no satisfizo a muchos en las generaciones posteriores. Y de hecho, a pesar de lo que en un principio pudiera suponerse, el Humanismo Solidario no es –ni debe ser– epígono de la poesía social, en cuanto que la poesía no puede ser concebida como elemento de instrumentalización política ni la estética debe de estar al servicio de las luchas sociales. De la poesía social sobra esa heroicidad misionera, cuasi épica, que la abraza y la posee. Sin embargo, sí es plenamente rescatable –en palabras de Jorge Riechmann– su sentido de insumisión e insurrección. Nuestro proyecto se configura sobre la base de una poética de la vinculación, que no es otra cosa que poesía de la resistencia frente al actual statu quo; una acción performativa que exige, sobre todo, la aceptación de un compromiso.

El éxito de la poesía de la experiencia años más tarde estará en saber sistematizar ambos conceptos: subjetividad y objetividad, lo privado y lo público, la esfera contemplativa y la esfera activa, el artista y el *homo social*. La poesía de la experiencia supuso una fusión entre la subjetividad y la objetividad. Ahí estuvo su acierto. Siempre mantuvo que la conquista del ser individual es lo más complejo que le puede suceder al ser humano y quiso construir la cuadratura del círculo: desde la izquierda «reconstruir» el sentimiento y al individuo, dos pecados mortales de la burguesía; dos pecados que siempre combatió el comunismo. Aquí radica el hecho sorprendente no suficientemente analizado por los más conspicuos seguidores de esta corriente: como desde la izquierda se ha recuperado un concepto (el sentimiento y el individuo) que había pertenecido desde el siglo XVIII a la burguesía y a su sistematización teórica con el kantismo.

Sin embargo, el HUMANISMO SOLIDARIO aspira en el siglo XXI a algo diferente. No considera al individuo como algo ajeno a la sociedad sino como parte integrante de esa sociedad. Su propuesta estética, como diría Wittgenstein al que sigue Eugenio Trías, es ya toda una ética. No podemos asumir la esfera privada, individual, contemplativa como algo completamente ajeno a la esfera pública, social, solidaria (porque solidaridad viene de adhesión a la causa de la comunidad). Pero no como instrumento. El artista, el escritor... no lo entendemos como un instrumento de una sociedad que vive ajena a él sino como una comunión en la que nada es sin lo otro. Y en este sentido, como dijo Kant en la *Critica del Juicio*, la belleza (el texto pictórico o escrito) se convierte en un símbolo moral.

No creemos en la instrumentalización de la literatura sino que aspiramos a una literatura, a una pintura, a una escultura en la que el hombre esté presente en toda su dimensión como centro, en toda su heterodoxia creadora, en todo su rico mundo. Un nuevo hombre que aspire a una sociedad más justa en la que no haya necesidad de generar esta eterna dicotomía entre lo individual y lo social, lo contemplativo y lo activo, lo privado y lo público.

Muchos ciudadanos hemos valorado que desde hace tiempo la sociedad atraviesa una profunda crisis, una crisis que no es solo económica sino una profunda crisis de valores, coyuntural y férrea, donde se promociona la expansión de un individualismo atroz... y el arte, la literatura, la música... la creación en general no podían permanecer ajenos a ello. Hanna Arendt en su obra *La condición humana* advertía hace tiempo, y sus palabras cobran enorme valor en la actualidad, que estamos ante una época donde triunfa la “oscuridad”, con sus brechas de credibilidad y gobiernos invisibles, en los que el autoritarismo, el asistencialismo, el productivismo y el consumismo la han asfixiado. Y este mal ha emergido en relación con un sistema en el que todos los hombres se han tornado igualmente superfluos. Pero está claro que, como afirma, hay que iniciar algo nuevo que no puede esperarse de cualquier cosa que haya ocurrido antes.

En una época arcaica el politeísmo y sus mitos diversos estudiados nos advertían de que el ser humano no tenía vigencia por sí mismo. No participaba de libertad alguna sino que vivía en una permanente dependencia del politeísmo reinante, cuando no del rey o emperador de turno –que encarnaba las veces del dios al uso- o esclavo de un patricio que actuaba de amo o propietario. El desarrollo de las civilizaciones de la antigüedad tienen plenamente su sentido desde el sistema esclavista socioeconómico pero también religiosamente desde esa esclavitud de pensamiento que representa la dependencia de los dioses. Ni existe el pensamiento (la razón siempre es una razón prestada porque vive de fuera,

no nace del propio ser humano, que no es nada) ni existe la libertad para ser (fundamento de cualquier humanismo). En la actualidad se pretende, desde la dictadura de los mercados, en sustituir ese politeísmo por las agencias de rating y por los mercados, esa entelequia que nadie conoce. Y el ser humano deviene un objeto sin valor al servicio de ellos. Se pretende imponer de nuevo un sistema esclavista y la sustitución del politeísmo por el dios mercado.

De ahí la necesidad de ofrecer desde la perspectiva de la creación un concepto ideológico, una perspectiva cívica y radical, que permitiera un cambio y una novedad en el pensamiento que nos invade. El propio Luis Antonio de Villena hablaba de la necesidad de un arte de denuncia pero un ARTE (con mayúscula, decía él) para el que la obra del creador no se convirtiera en un pretexto para hacer ensayo o para realizar propuestas políticas.

No es eso, no debe ser, no aspiramos a la existencia de una literatura, de un arte al servicio de ningún ideal político sino un arte que sea capaz de dar una respuesta cívica, desde el humanismo solidario, a la sociedad.

Se propugna, desde esta asociación, el destierro del pensamiento único en cualquiera de sus manifestaciones, fundamentando sus principios rectores, y su obra individual y colectiva, sobre los términos morales que emanan de la idea irrenunciable de la fraternidad universal.

Entre estos principios figuran, además, la defensa del ser humano y su dignidad como centro de nuestra actuación, la unidad profunda de la humanidad, la salvaguarda de la alteridad y la otredad como mecanismos



de encuentro y enriquecimiento, así como la profunda unión entre la ética y la estética y la reivindicación del compromiso y la fraternidad de los seres humanos. No se puede mirar uno a sí mismo

sin ver a los demás, como enuncia Foucault en *La hermenéutica del sujeto*. Pero, ¿por qué motivo mirar hacia los demás cuando siempre el pensamiento occidental se centró en el sujeto? ¿En quién pensaba Descartes cuando dijo: *Cogito ergo sum*? ¿En quién pensaba Hegel con su *Fenomenología del espíritu*? ¿En quién Ortega y Gasset cuando afirmó:

«Yo soy yo y mis circunstancias»? Como afirma Foucault, “el otro es indispensable en la práctica de uno mismo para que la forma que define esta práctica alcance efectivamente su objeto, es decir, el yo”. Esta entrega nunca implica la renuncia personal como propugnan las religiones y acaso los movimientos socializadores creados a lo largo del siglo XX. Porque creemos en que la convivencia entre la ética de la subjetividad y la ética del otro son compatibles, proponemos esta nueva visión educativa de la subjetividad.

Reconocemos al *ser* humano como sujeto válido de aprendizaje en sociedad, y la utopía como espacio y alternativa del conocimiento. Aspiramos a la construcción de una subjetividad encaminada a la reconquista del *ser*, en donde sea universal el *verbo* que conjugue el “yo” por el “nosotros”. Nada es el *ser* sin el aliento del resto de los seres. *Humanismo solidario* reivindica, frente a todo dogmatismo, segmentación, xenofobia o manifestación excluyente, el compromiso de la unidad sin exenciones porque sin el respeto a la otredad la personalidad queda inconclusa. La diversidad del *ser* desautoriza la creencia en valores absolutos que, por arbitrarios o imperiosos, derivan en excluyentes.

El ser es realmente acreedor de derechos si vive integrado en una sociedad que los legitime. La solidaridad implica el reconocimiento de que el *ser* humano no vive aislado, sino que forma parte de una comunidad activa que piensa y actúa, donde la libertad solo puede ejercerse en un contexto social y democrático de derechos. Se es libre cuando lo son los demás, por lo que reclamamos, con la razón de la palabra, el legítimo bien de los derechos inalienables, sea cual fuere la condición, procedencia, género, sentir o religión de la persona, desde una concepción estética que asume la recuperación del significado más profundo del vocablo fraternidad, con la poderosa convicción de que la nacionalidad o la “dependencia” a un territorio ni suma ni merma derechos al *ser*.

Abogamos por el comportamiento ético como sustrato esencial de toda comunicación. Solo desde este postulado será posible el avance de una nueva educación de la subjetividad; de una nueva educación sentimental que adquiera las condiciones para encontrar una voz firme entre los signos vacuos de la modernidad, y redescubra las señales vulneradas de nuestra tradición posromántica que es necesario reescribir. Hablar de neorromanticismo cívico significa dar una respuesta ética y estética a la equívoca situación de las sociedades contemporáneas y sus contradicciones. Recuperar de la historia las corrientes de pensamiento que aúnan lo individual y lo colectivo en un mismo sentimiento puede llegar a ser una de las grandes conquistas del ser humano de nuestro tiempo.

Los integrantes de esta corriente que proclamamos como *Humanismo Solidario* necesitamos conocer la realidad para poder transformarla. El “hombre” no puede progresar sin el acceso gratuito a la

formación y la cultura. La educación y el conocimiento son elementos básicos y universales que coadyuvan a la obtención de la independencia individual y colectiva y al progreso de la humanidad, por lo que reclamamos a nuestros representantes cuantas actuaciones sean necesarias para convertir la cultura en testigo de la historia y no tratarla como mero valor residual. En tal sentido reivindicamos que la cultura y la educación formen parte de las prioridades del Estado para que, desde lo público, se garantice el derecho a la formación y la información.

El creador ha sido históricamente un referente social. Eclipsarlo supone fracturar el tejido vertebrador de las sociedades e interceptar el progreso. No olvidemos que todo creador, utilizando la forma de expresión que le ha sido conferida (científica, plástica o literaria), se compromete a valerse de la “palabra” para explicar el mundo. Desde *Humanismo Solidario* reivindicamos el compromiso del creador con la sociedad y con la historia, que viene a ser compromiso con la palabra y con la vida, desde la resistencia y la vinculación, como actos de responsabilidad por el “otro”, aceptando que ética y estética conforman la cara y la cruz de una misma moneda. El arte exige una irrecusable toma de conciencia que propone como afán de su creación y pensamiento al ser humano. La idea propugnada por Lévinas en su obra *Totalidad e infinito*, donde afirma que el sentido último está en el cara-a-cara, en las relaciones humanas, en la ética. De ahí que afirme que «la filosofía primera es una ética». Se trata de buscar la trascendencia o la exterioridad que se plasma o es, en el fondo, un acto de responsabilidad por el otro. Martha Nussbaum, filósofa norteamericana, distinguida con el Premio Príncipe de Asturias de Ciencias Sociales, ha escrito: “Los griegos no consideraban, ni nosotros debemos hacerlo, que ser poeta fuese un asunto neutral desde el punto de vista ético. Las decisiones estilísticas –las elecciones de ciertos metros, imágenes y vocabularios– se relacionan estrechamente con una determinada concepción del bien” *La fragilidad del bien*, Madrid: Visor, 1995, p. 44). Escribió José Bergamín que: “Escribir es pensar, y pensar es comprometerse”.

El Humanismo Solidario nace como un testimonio de resistencia alternativo ante la convicción de que las corrientes oficiales se abocan al agotamiento. Se ha cimentado la tolerancia salvaje y sin juicio; el lenguaje literario en ocasiones se ha vuelto informativo, se ha dado la espalda a la tradición clásica española y se ha revestido de un gran simulacro progresista. En el ámbito de la creación literaria, el escritor debe transformarse con modelos literarios, ligados a conceptos ideológicos, que armonicen solidariamente la vida y la obra del hombre.

La disposición del arte como anticipación y dimensión comprometida debe revertir en la realidad y rescatar la escritura de su silencio sórdido para sacudir el envaramiento de un sistema social

impasible, incapaz de superar la ineficacia de los valores vigentes. Si el arte posee esa capacidad anticipadora de la realidad que presuponemos y necesitamos, la palabra poética cobra un carácter performativo por el que materializa en el lenguaje la utopía que nombra. Hay una performatividad que da sentido y otra que legitima las condiciones objetivas del mundo. Teniendo en cuenta este potencial proactivo, el lenguaje adquiere, en términos de Austin, la posibilidad de pasar de la potencia al acto y crear la sintomatología de una acción.

Su compromiso debe olvidar viejas razones y asumir, con profunda convicción humanista, las exigencias de un tiempo deshumanizado, postulando sin ambages un nuevo discurso rehumanizador y fraterno; proponiendo, a través del arte y la literatura, un mensaje que mude en pasión la desesperación; en serenidad, el desaliento; en esperanza, el futuro. A través del arte y la literatura debemos asumir esa toma de conciencia que recolocque al ser humano en el centro de la vida social y lo erija en afán de su creación y pensamiento.

Espronceda puede ser el primero de una firme cadena que se conecta directamente con escritores contemporáneos: Antonio Machado (fiel a los principios de la humanidad y la solidaridad hasta el último momento), César Vallejo (cuya obra *España aparta de mí este cáliz* es una de las creaciones más significativas en esta línea de pensamiento), Miguel Hernández (escritor que encarna el ideal de intelectual comprometido que después desarrollará Sartre) y muchos más como Pablo Neruda, Blas de Otero, José Hierro, Claudio Rodríguez, José Luis Sampedro, Mario Benedetti, Agustín García Calvo o Juan Goytisolo, cuyas obras son el testimonio más lucido de las ideas que conforman el Humanismo Solidario que pretendemos recobrar. Pero también los arquitectos humanistas Richard Rogers, Alvar Aalto, Sigheer Ban, Javier Carvajal...; los fotógrafos Sebastiao Salgado o Mary Ellen Mark...; los pensadores: José Luis Sampedro, Emilio Lledó...

El Humanismo Solidario es la construcción de un sentimiento; pero, sobre todo, la convicción de que, en los tiempos que corren, en el umbral del tercer milenio, es la única vía posible para reconquistar al hombre.